

Reflexión sobre una actitud confusionista

El periódico «Lucha», de Teruel, en su número del 11 de junio ha publicado un artículo del Excmo. Sr. Obispo de Teruel titulado «Otra vez don Miguel de Unamuno».

La prensa de Barcelona el 19 y el 20 de junio publicó un amplio resumen de este interesante artículo en «El Correo Catalán» y «La Vanguardia».

Con autorización del diario de Teruel reproducimos el artículo íntegro del Excmo. Sr. Obispo, cuyo texto dice así:

«El día 30 de mayo último tuvo lugar la recepción de Pedro Lain Entralgo en la Real Academia Española. A su discurso contestó Gregorio Marañón. Según dicen, la Academia reboseó de público muy heterogéneo, sin faltar muchas señoras, conocidas antes del 1936, por sus actividades en favor de la sectaria Institución de Enseñanza Libre. Los aplausos fueron estrepitosos.

El académico entrante, don Pedro Lain Entralgo enhebró en una misma línea de esperanza a San Agustín, a San Juan de la Cruz, a Antonio Machado y a Miguel de Unamuno. Un andaluz, comentando el acto a la salida, exclamó: Si algún día ingreso en la Academia, desarrollaré el tema: «Santa Teresa de Jesús y la cupletista Lola Flores».

Lain Entralgo dedicó gran parte de su discurso académico a hablar ampliamente de Machado y más aún de Unamuno. Don Gregorio Marañón, en su discurso de contestación, hizo la apología de Unamuno.

Todo hace pensar que en el fondo de este acto, y en otros que se van sucediendo: la exaltación de Pío Baroja, de Ortega Gasset, de Unamuno, etc. van encaminados a querer hacer ver que el valor intelectual de la España de hoy es herencia del 98; que el neoinstitucionismo tiene que realizar el empalme de lo actual con lo anterior al 36, y esto no sólo desde el punto de vista lírico y literario, sino en el práctico y en orden a la ocupación de posiciones en todos los frentes. Parece quieren decirnos: los dieciocho años últimos son un paréntesis que hay que cerrar; y negada la fecundidad intelectual de la Victoria de 1939, la

salvación de la inteligencia española está en el entronque con Machado, Unamuno, etc.

Pero no; abrigamos la esperanza que los avisados dirigentes del Estado, así como han sabido desligarse de los sistemas liberales para hacer una España grande, libre y católica, también superarán este insidioso movimiento que tiende a hacer la apoteosis de unos hombres, de los cuales, poco o nada podemos aprender, si no es en literatura; de su ortodoxia que nos libre el Señor. ¡Pobre Educación Nacional si volviese a caer bajo su dirección!»

La lectura de este artículo del Excmo. Sr. Obispo de Teruel, no puede menos que invitarnos a reflexionar.

Un punto que creo de la mayor importancia, según ya se expuso en *Espíritu* (III (1954) 52-53; 54-58; 78-80; II (1953) 132-135; etc.) es el siguiente:

1º una cosa es tratar con el heterodoxo *sin ceder en la verdad*, acomodándose en plan de igualdad únicamente en el trato *externo*, en la *exposición* de las doctrinas (siempre que esto no implique ser interpretado como indiferencia en cuanto a la verdad);

2º y otra cosa muy distinta es con pretexto de convivencia, de collevancia y tolerancia, de comprensión, etc. tomar *de hecho* una actitud cuyo resultado es la mudez ante los derechos de la verdad inmutable y una, es decir, ceder por un «irenismo» o pacifismo lamentable de que se quejó en 1950 Pío XII.

Ahora bien, es un hecho que en no pocas naciones europeas, como consecuencia del escepticismo o indiferentismo ocasionados en gran parte por la desintegración de los protestantes, en parte por las filosofías subjetivistas postkantianas, y en parte también por la antigua actitud del liberalismo que considera al hombre fuente del derecho y de la verdad, el ambiente que predomina es precisamente el de una collevancia o tolerancia que podríamos llamar «no-metódica», sino «doctrinal»; no de «hipótesis», sino de «tesis»; no un «mal menor provisorio», sino una actitud que se quiere sea «definitiva».

También es un hecho que ante esta actitud se ha levantado no sólo la Verdad católica con su Revelación, sino hasta la misma Filosofía cristiana, que consciente de la dignidad de la Verdad no puede rebajarla al nivel de un acuerdo que toleramos porque se tomó por mayoría de votos. La Verdad tiene derechos absolutos e inalienables; eternos y ennoblecedores. Sin ella caen los pueblos (como bien vamos observando en la triste historia contemporánea) en un relativismo moral y valoral, en un oportunismo degradante, que a la larga destruye al mismo hombre y a la sociedad.

Por último es otro hecho que en España, desde que lanzamos al mundo nuestro programa de ser una nación que tiene su-

ficiente energía para rebelarse contra estas claudicaciones (como ya hicimos en el siglo XVI, y de nuevo en el XVIII, y por último ante el comunismo), para pensar y vivir en católico, somos afortunadamente muchos los que sentimos y vivimos esta consciencia de la Verdad, abierta, sí, a siempre nuevos progresos, pero siempre celosa de conservar intactos los ya adquiridos. Y por ello nos duele en el alma todo intento de claudicación, toda cobardía, toda actitud de «plano inclinado» que insensiblemente lleva al indiferentismo y a la degradación escéptica.

Y sin embargo los pasos se encadenan sucesivamente; al principio se habla poniendo exactamente en el mismo plano a Santa Teresa y a Unamuno; sólo nos fijamos en lo que tienen de parecido en el orden fenoménico y callamos cuidadosamente la radical diferencia que «en sí» los separa; tratamos de Santa Teresa y de Unamuno tan confusamente, como si ambos fueran dos valores idénticos dentro de un común denominador «cultural» del cual se hubiese arrancado toda diferenciación de «verdad». Los jóvenes intelectuales, halagados por esta apariencia de liberalidad, atraídos porque gusta siempre «hombrear» (y tratar a todos como amigos parece que da una superioridad diplomática), se dejan engañar.

Pero viene después el segundo paso, inevitable, fatal. Aquí en España todavía no se ha dado; pero ya se da en no pocas naciones extranjeras: si tratamos por igual a Santa Teresa y a Unamuno, a San Juan de la Cruz y a Pío Baroja, ¿por qué no hacemos lo mismo cuando se trata de Jesucristo y de Buda? No faltan los libros, y aun diríamos los montones de ellos, en que efectivamente así se procede: todos son un «témoignage»... todos son una manifestación del «espíritu»...

La tercera situación viene sobre ruedas: si todo es igualmente verdad, si todos tienen igualmente sus derechos a voz y voto, entonces en el fondo «nada es verdad»; entonces en el fondo «nadie tiene derecho a un voto inalienable y digno de la persona humana»: el comunismo ha sacado bien las consecuencias, y como él, cualquier otro violento que valiéndose de esta mudadiza voluntad creadora del derecho, se erija en convención.

¿Cómo es posible que los europeos de hoy sigan tan ciegos todavía después de palpar de cerca en las llagas de su carne viva, el resultado de desintegración y náusea, de angustia y desesperación que llenan las páginas de su literatura, como de su filosofía y hasta de su política?

No es ésta, ciertamente nuestra posición; evitar todo estancamiento y rutinarismo, sí; pero no callar nunca la Verdad que poseemos en nuestra Filosofía y Teología Católicas; no estar nunca ciegos ante sus exigencias de absolutividad y universalidad; mantener siempre que nuestro ideal y sólo nuestro ideal de Filosofía cristiana puede ennoblecer este pobre mundo que contemplamos con tristeza.

Ya sé (sobradamente lo sé), que al leer estas líneas no faltarán quienes exteriorizarán una sonrisita de compasión, como diciendo: ¡pobre «naïf»! ¡aún cree en la Verdad y en los Valores absolutos!

Pero sé que también (como en todo tiempo) habrá otros que percibirán en su alma el eco de una llamada a algo más noble que lo que tenemos; algo noble por lo que vale la pena luchar y sufrir, aun contando con la «incomprensión» de los «comprensivos».

Y a éstos que sienten la llamada a algo más noble, que es la Verdad, a ellos me dirijo, seguro de que no cejarán en el trabajo empezado.

Al fin sabemos todos que sólo «Veritas liberabit vos», «la Verdad os hará libres» (*Ioan*, VIII, 32).

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.